

Condición femenina y alternativas de organización doméstica: las mujeres sin pareja en São Paulo

María Coleta F. A. ^{en circ. no} de Oliveira*

El objetivo de este trabajo es explorar algunas de las circunstancias que se asocian al tipo de arreglos domésticos en que están involucradas las mujeres sin compañero en São Paulo, Brasil. Mujeres solteras, separadas o divorciadas y viudas enfrentan la contingencia de construir un mundo doméstico a partir de otros vínculos que no son el conyugal. La ausencia de un compañero no constituye, obviamente, la única circunstancia relevante. Tener o no tener hijos, padres u otros parientes representan también factores a partir de los cuales se conforman las alternativas de organización del universo de lo cotidiano.

En este trabajo son considerados dos elementos centrales, a los cuales se les relaciona con una variedad de circunstancias de la vida. Por un lado la edad de la mujer, que es un indicador de la etapa de la vida en que ésta se encuentra. Por el otro, la situación conyugal, que distingue a las mujeres desde el punto de vista de la experiencia anterior de vida independiente, que posiblemente tiene influencia en sus arreglos domésticos.

La pregunta central es la de saber en qué medida estas dos circunstancias afectan las posibilidades de la mujer sin compañero en la estructuración de los arreglos domésticos independientes.

El carácter de independencia tiene que ver con las posibilidades de la mujer de construir, sola o con otras personas, un núcleo de vida cotidiano, con existencia propia. Es decir, la posibilidad o no de la constitución de un núcleo doméstico que no se apoye en la complementariedad de papeles socialmente atribuidos al hombre y a la mujer.

De hecho, predominan en São Paulo y en Brasil arreglos domésticos organizados en torno a un núcleo conyugal. No obstante, la emergencia y el incremento reciente de otros arreglos revelan que el modelo conyugal no conforma un patrón válido para todos. Este incremento sugiere la fuerte presencia en nuestro medio de fuerzas de cambio en los patrones sociales de relaciones de género, capaces de alterar expectativas y formar nuevos modos de vida.

Uno de los rasgos notables en las tendencias de cambio de la familia en Brasil es el aumento de las llamadas familias monoparentales (Barroso, 1978; Merrick y Schmink, 1978; IBGE, 1982; Castro, 1989; Berquó, Oliveira y Cavenaghi, 1990b). Las familias monoparentales son aquellas constituidas por un hombre o una mujer sin

* NEPO/UNICAMP.

pareja y con hijos; la gran mayoría de éstas se encuentra encabezada por mujeres, y una pequeña parte, decreciente en el tiempo, es ampliada por la presencia de parientes o agregados.

Las familias monoparentales son parte de una categoría más amplia de arreglos que escapan al tipo nuclear predominante. En Brasil predominan, de hecho, familias cuyo núcleo central está constituido por una pareja, y ello se refleja, entre otras cosas, en la importancia del modelo conyugal como principio de organización de la vida doméstica. La residencia común del marido y de la mujer es una de las expectativas que integran el modelo del casamiento tal como es concebido usualmente.

El surgimiento, persistencia o incremento de los arreglos domésticos diferentes al nuclear indican que el patrón dominante no se aplica a todas las personas. Es decir, las circunstancias de la vida pueden excluir del conjunto de alternativas existentes, aquella que representa la de formar parte de una familia nuclear; aun más, aunque no se esté presionada por las circunstancias, es posible que las personas modelen sus vidas por medio de criterios, valores o deseos diferentes de aquellos que se articulan en la configuración del modelo conyugal prevaleciente.

De esta manera, las mujeres sin compañero ofrecen una oportunidad socialmente privilegiada para el examen de alternativas de organización doméstica. Las mujeres solteras, separadas o divorciadas y viudas, enfrentan la posibilidad de constituir un mundo doméstico a partir de otros vínculos que no sea el conyugal. Obviamente que la ausencia de un compañero no constituye la única posibilidad relevante. Tener o no tener hijos, padres u otros parientes constituyen también factores a partir de los cuales se configuran las alternativas de organización del universo de lo cotidiano.

El objetivo de este trabajo es explorar algunas de las circunstancias que se asocian a la configuración de arreglos domésticos en que están involucradas las mujeres sin pareja, y en este sentido dos de ellas son de carácter central. Por un lado, la edad de la mujer, que ofrece un indicador de la etapa de la vida en que ella se encuentra; por otro, la situación conyugal. Esta última nos permite distinguir a las mujeres desde el punto de vista de su experiencia anterior de vida, y que interfiere, sin lugar a dudas, en sus arreglos domésticos.

En el análisis presentado a continuación, la jefatura de familias monoparentales a cargo de las mujeres será evaluada en contraste con otras alternativas que les son ofrecidas. ¿Qué lugar ocupa esa posibilidad frente a otras alternativas o condiciones?, ¿tendrán las diferentes alternativas un mismo peso o importancia

para aquellas que no llegaron a casarse, que rompieron una unión anterior o que enviudaron?, ¿en qué medida la creciente autonomía de las mujeres estaría afectando los cambios en su localización doméstica observadas en la década de los setenta?

En un primer momento, trataré de situar el punto de vista aquí propuesto en el contexto de las discusiones recientes acerca de la jefatura femenina de familias monoparentales. También intentaré mostrar que la perspectiva de análisis de la pobreza, dominante en el tratamiento de la cuestión, es insuficiente para explicar el surgimiento o aun el aumento de la proporción de familias de este tipo. A continuación, examinaré para São Paulo, tratando de identificar cambios significativos, los datos obtenidos a través de tabulaciones especiales de los Censos Demográficos de 1970 y 1980.¹

La discusión en torno al aumento de las familias dirigidas por mujeres en las últimas décadas se ha concentrado en el tema de la pobreza. Barroso, en un trabajo de 1978, al comentar la situación brasileña en el contexto de otros países de Asia, África y América Latina analizados por Buvinic y Youssef (1978), subraya que:

Paradójicamente, en las sociedades que hasta muy recientemente mantenían la tradición de sistemas familiares estables dirigidos por hombres es que la pobreza con el desarrollo ha propiciado el surgimiento y la expansión de las familias dirigidas por mujeres (Barroso, 1978: 471).

Bajo esta misma línea, análisis recientes sobre el tema han identificado a las familias monoparentales dirigidas por mujeres como meta prioritaria de las políticas sociales compensatorias. En el debate internacional, la expresión "feminización de la pobreza" fue acuñada para destacar el peso que estas familias representaban en los estratos más empobrecidos de la población en países avanzados (Weston, 1990; Bergmann, 1986; McLanahan, 1985). Sin estar en desacuerdo con el diagnóstico según el cual "las mujeres jefes de familia son las más pobres entre los pobres" (Castro, 1992), hay que llamar la atención sobre el hecho de que la pobreza no se debe a la ausencia de un marido al frente de la familia, pero sí a que estas mujeres pertenecen a las clases populares.² En el

¹ Las PNADS no ofrecen información acerca de la situación conyugal de los entrevistados. Esa laguna, y los problemas de comparabilidad Censos/PNADS, impiden, hasta que estén disponibles los datos del Censo de 1991, una evaluación de los años ochenta.

² En un trabajo anterior (Castro, 1989: 8), la autora señala que en la Región Metropolitana de São Paulo en 1980, las proporciones de hombres y mujeres jefes

caso brasileño, hay que añadir que estas mujeres pertenecen a grupos raciales discriminados así como a grupos de edad determinados, factores que se combinan en una "alquimia propia" para marcar la posición de desventaja de estas mujeres en el mercado de trabajo.

Además, de los aspectos hasta aquí mencionados, varios autores han llamado la atención sobre la configuración de las familias dirigidas por mujeres, cuyas características acentúan aún más la desventaja comparativa de esos grupos en la lucha por la supervivencia. Son familias en que la razón de dependencia es elevada, como consecuencia de la presencia tanto de hijos como de jóvenes en proporción mayor que la de adultos. Estos últimos son, en su mayoría, del sexo femenino, cuyas características y dificultades de inserción en el mercado de trabajo son semejantes a las enfrentadas por la jefa de familia (Castro, 1989; Lopes y Gottschalk, 1990; Barros y Fox, 1990; Montali, 1991).

Así, a las carencias comunes de las capas subalternas en Brasil, hay que sumar las características de una configuración doméstica que chocan con los patrones dominantes de las relaciones de género, que se manifiestan en los criterios de división sexual del trabajo en la familia (que definen el trabajo de la mujer como complementario o secundario), y en la estructuración del mercado de trabajo (que remunera desigualmente trabajos iguales y segmenta el empleo por sexos). La importancia de estos factores en la configuración de las condiciones de vida femenina se evidencia cuando se constata que aun familias que se encuentran por arriba de la línea de pobreza enfrentan pérdidas materiales de considerable magnitud, que varían con la salida del principal proveedor, ya sea por muerte o separación (Weston, 1990). Es innegable que la ausencia de un proveedor masculino adulto agrega elementos que dificultan la supervivencia de esas familias.

Cabe señalar que las causas e implicaciones de la jefatura femenina de familias monoparentales, en consecuencia, son diversas, y no son necesariamente las mismas en cualquier tiempo y lugar. Castro (1992), en un argumento que recomienda cautela frente a interpretaciones reduccionistas de la cuestión, sustenta que el incremento de familias de este tipo en Brasil en las últimas décadas estaría asociado al "proceso de proletarización, que se manifiesta en un aumento de hombres y de mujeres en relaciones de trabajo contractuales y por el aumento de mujeres en actividades remuneradas; a la individualización de las relaciones (como

de familia que están concentradas en la categoría de familias con ingreso per cápita inferior a un salario mínimo son iguales.

ejemplo de personas que viven solas), y a la afirmación de la subjetividad de la mujer en relaciones de género" (Castro, 1992: 377).³ Desde mi punto de vista, lo que es nuevo en este tipo de afirmación es el reconocimiento de la compleja articulación de procesos que se producen a raíz del aumento de las familias monoparentales dirigidas por mujeres. Procesos que conviven con diferencias sociales significativas entre segmentos de la sociedad brasileña, pero que apuntan hacia cambios importantes en la condición femenina en nuestro medio.

En un trabajo anterior (Oliveira, 1982 y 1985) mostré cómo, en las clases subalternas, el matrimonio constituía una vía privilegiada de afirmación de la independencia individual frente a las estrategias de supervivencia de la familia de origen. De la misma manera, llamaba la atención sobre el hecho de que, aun en esos estratos, la ampliación de las posibilidades de vida independiente para la mujer desempeñaba ya un papel relevante en el proceso que lleva a la ruptura de una unión. De hecho, la posibilidad de supervivencia de la mujer sin la figura de un padre o marido se ha visto ampliada, entre otras razones, por la expansión de las posibilidades de empleo femenino, y constituye hoy en día otra vía abierta hacia la afirmación de la independencia individual. Lejos está pensar, desde luego, en el trabajo como la panacea para la autonomía de la mujer. Esta cuestión es, como bien lo demuestra Salem (1981), más compleja que la sola capacidad de proveer el propio sustento. Es más, involucra, entre otros aspectos, la posibilidad de que la mujer se piense a sí misma como capaz de enfrentar al mundo externo sin la mediación de otros personajes, sean ellos el padre, el marido o los hijos adultos.⁴ Incluye, también, la alternativa de que la mujer se identifique o construya núcleos de interés y de sociabilidad apoyados en otros tipos de vínculos aunque no especialmente el conyugal.

A pesar de que no es posible en este trabajo evaluar con pro-

³ Como llama la atención la autora, de manera certera, el fenómeno de las familias monoparentales no es nuevo ni reciente en Brasil, como revelan estudios de carácter histórico en varias partes del país (véase Oliveira y Bassanezi, 1992). Además de lo anterior, autores como Fonseca (1987) subrayan la diversidad de vínculos que se esconden detrás de términos formalmente semejantes, como es el caso de "mujer jefe de familia" y "familia matrifocal", frecuentemente utilizados en los análisis de la cuestión.

⁴ Salem (1981) explora la dificultad de las mujeres de las favelas de enfrentar el mundo sin la mediación de figuras masculinas, a pesar de la capacidad efectiva demostrada de sobrevivir en la ardua lucha por la vida que enfrentan junto con sus hijos. Interesan también las observaciones de Fonseca (1987) acerca del papel desempeñado por parientes consanguíneos del sexo masculino en la vida de las mujeres jefes de familia o de mujeres sin una pareja.

fundidad la complejidad de los aspectos involucrados, me parece razonable afirmar que en la década de los setenta se produjo un aumento de las posibilidades sociales e individuales de vida independiente para un número creciente de mujeres. Si éste no fuera el caso, otros arreglos de vida cotidiana hubieran sido buscados por mujeres separadas y viudas —como de hecho lo hicieron algunas— ante la imposibilidad de continuar formando parte del núcleo conyugal de una familia.

Antes de pasar al análisis de las alternativas de localización doméstica de las mujeres sin compañero, vale la pena hacer algunas observaciones acerca de cómo se distribuyen las solteras, separadas o divorciadas y viudas en los diferentes grupos de edad considerados. Estos grupos fueron identificados tomando en consideración probables características asociadas a cada etapa de la vida en que las mujeres se encontraban (véase cuadro 1).⁵

El primer grupo está constituido por mujeres de 15 a 24 años, son mujeres muy jóvenes y con posibilidades relativamente altas de casarse en un futuro próximo.⁶ Además, estas jóvenes tienen la posibilidad de residir con los padres aún vivos, al mismo tiempo de que, tal vez, no disfruten de una autonomía financiera que les permita vivir lejos de la familia. Como puede verificarse en el cuadro 1 (porcentajes según renglón), una inmensa mayoría de las mujeres muy jóvenes tanto en 1970 como en 1980 se declaró soltera, lo que no excluye la posibilidad de uniones no legales anteriores. Una insignificante minoría de ellas había tenido una unión anterior, de la cual se separaron o enviudaron. Cabe destacar que, en ese grupo de edad, la proporción de separadas o divorciadas, a pesar de ser pequeña, es mayor que la de viudas, tanto en un año como en otro.

El segundo grupo está constituido por mujeres de 25 a 39 años, solteras o que se encuentran libres por divorcio o por viudez; en efecto, en parte esas jóvenes adultas mantienen la expectativa de casarse, alternativa que constituye una posibilidad efectiva en dicho grupo de edad. Paralelamente, muchas de estas mujeres estarán enfrentando la competencia del mercado de trabajo, a la par que visualizan la posibilidad material de garantizar un sustento independiente. Aquellas con hijos se enfrentarán con demandas conflictivas, como son el cuidado de los hijos todavía pequeños y el trabajo fuera de casa. En este grupo, el peso de las solteras

⁵ Por esta razón, los grupos de edad identificados son heterogéneos en relación con el tamaño de los estratos que se agregan.

⁶ La edad media para casarse en São Paulo era, para las mujeres, de 23.3 años en 1970 y de 22.9 en 1980.

CUADRO 1
Edad y situación conyugal de las mujeres sin compañero, São Paulo: 1970 y 1980
(Valores porcentuales)

Edad	Solteras		Separadas/divorciadas		Viudas		Total	
	1970	1980	1970	1980	1970	1980	1970	1980
15-24 años	98.8 1 159 076 71.8	98.3 1 837 306 88.8	1.0 11 825 7.8	1.6 25 042 9.2	0.2 2 063 0.4	0.2 3 651 0.5	100.0 (1 172 963) 52.4	100.0 (1 665 999) 50.3
25-39 años	76.4 249 156 15.4	75.0 425 281 17.0	15.2 50 380 32.5	17.5 99 585 36.7	9.4 30 863 6.6	7.5 42 343 6.4	100.0 (330 399) 14.8	100.0 (567 209) 17.1
40-59 años	42.1 177 208 11.0	43.3 266 848 11.2	18.6 69 619 44.9	19.2 118 777 43.7	41.3 173 561 37.2	37.5 231 032 36.1	100.0 (420 388) 18.8	100.0 (616 657) 18.8
60 años/ +	9.6 29 738 1.8	11.0 50 609 2.1	7.4 23 158 15.0	6.1 28 334 10.4	83.1 260 263 55.8	82.9 381 934 58.0	100.0 (313 159) 14.0	100.0 (460 877) 13.0
Total	72.2 1 615 177 100.0	71.0 2 380 044 100.0	6.9 154 982 100.0	8.2 271 738 100.0	20.9 466 750 100.0	19.9 658 960 100.0	100.0 (2 238 909) 100.0	100.0 (9 310 743) 100.0

Fuente: Tabulaciones especiales de los Censos Demográficos de 1970 y 1980, de responsabilidad de la autora.

es todavía elevado y constante a lo largo de la década. Las jóvenes adultas separadas o divorciadas constituyen el segundo grupo más importante, con una proporción creciente durante la década. Ese crecimiento se dio en detrimento de las viudas que, en ese grupo, redujeron su ya pequeña participación.

El grupo de 40 a 59 años se distingue de los anteriores. Aunque libres, las mujeres en la edad madura ven disminuidas sus oportunidades de un primer o segundo matrimonio. Dos factores que se encuentran articulados son los que reducen las probabilidades de unión para las mujeres a medida que avanza la edad. Por un lado, los patrones culturales de diferencia de edad que imperan en Brasil, entre los cónyuges, suponen la búsqueda por parte de los hombres de compañeras más jóvenes, lo que amplía las oportunidades de casamiento de las mujeres de menor edad y reduce las de mujeres de mayor edad. Por otro lado, la sobremortalidad masculina que acentúa el desequilibrio en la razón de sexos con el aumento de la edad, restringe aún más la disponibilidad de compañeros potenciales para las mujeres maduras (Berquó, 1986).

Además de lo anterior, hay que considerar la posibilidad de que las mujeres maduras se encuentren desde hace tiempo en el mercado de trabajo, teniendo tal vez mayores posibilidades de sustento independientemente de las familias de origen. Buena parte de estas mujeres maduras habrá ingresado en el mercado de trabajo cuando aún se encontraban en unión, y la separación o la viudez pudo haber acentuado sus necesidades de ingreso.

En el grupo de los 40 a los 59 años, la participación de solteras disminuye, aunque permanezca importante frente a otras situaciones. Una importancia semejante tienen las viudas, cuyo peso se eleva mucho en el grupo de edad madura, cuando se compara con los grupos de edad anteriores. Cabe destacar que las separadas constituyen una minoría en esta etapa de la vida. Es importante hacer notar que es en este grupo de edad que las separadas o divorciadas alcanzan sus mayores proporciones, creciendo en la década hasta aproximarse, en 1980, a 20% de las mujeres de edad madura. Nuevamente, el crecimiento en la proporción de separadas o divorciadas se da en perjuicio de las viudas.

En el grupo de las mujeres de edad más avanzada, que está formado por aquellas con 60 años completos y más, sus perspectivas de encontrar un compañero son reducidas, pues sobrevivieron a una porción considerable de hombres de su generación. Comparativamente, las integrantes de ese grupo de edad estarán menos calificadas que las mujeres de menor edad, y con menores capacidades competitivas en el mercado de trabajo. Por su condición de edad, parte de ellas ya no tendrán más la posibilidad de

integrar una familia de origen, pero al mismo tiempo la existencia de hijos les permitirá organizar con ellos, de diferentes maneras, su universo cotidiano.

En el grupo de edad más avanzada, el predominio de las viudas es absoluto. Esta preponderancia y el pequeño peso que tiene el de las separadas o divorciadas parecen reflejar el hecho de que la ruptura de la unión no formaba parte posiblemente de la experiencia común de la generación que componía el grupo de edad de 60 años y más en 1970 y 1980; el incremento en las separaciones y divorcios es algo más reciente. Además, el recasamiento antes de que la mujer llegue al grupo de edad más avanzado puede haber contribuido a la configuración observada en ambas fechas. Hay que subrayar que las solteras, aunque presentan una proporción reducida en la edad avanzada, exhiben proporciones más elevadas que las separadas o divorciadas.

El perfil de localización doméstica de mujeres solteras, separadas o divorciadas y de viudas en las diferentes etapas de la vida, ofrece indicaciones extremadamente interesantes acerca de las relaciones entre condición femenina y familia. Con los datos disponibles para São Paulo en 1970 y 1980 es posible identificar en qué tipo de arreglo doméstico están localizadas las mujeres que no comparten el día a día con un compañero masculino. Con estos datos se puede evaluar el significado de la jefatura de una familia monoparental y de otros arreglos domésticos familiares o no.

De entre las mujeres más jóvenes (15 a 24 años), el patrón de las solteras difiere nítidamente de aquel de las separadas y las viudas (véanse cuadro 2 y gráficas 1 y 2). Las jóvenes solteras se encuentran integradas, en gran medida, en familias dirigidas por otras personas, predominando muy probablemente sus familias de origen. Este patrón sufre una ligera alteración en la década, con una pequeña pérdida en la proporción mayoritaria de mujeres viviendo en familias dirigidas por otros.

Las separadas y viudas reflejan en ese grupo muy joven un patrón semejante, aunque la acción del tiempo sea aparentemente divergente. Las separadas y viudas se concentran en las jefaturas de familias monoparentales y como parte de familias dirigidas por otras personas. No obstante, a lo largo de la década, las mujeres separadas reducen su participación porcentual en ambas situaciones, aumentando el peso de las que viven solas, en relación con el de la vida en grupos emparentados y en grupos sin lazos de parentesco, aunque aumentan ligeramente los arreglos más autónomos.

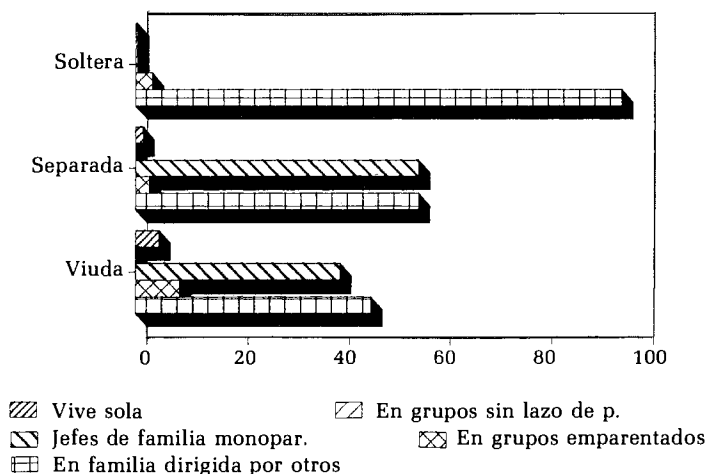
Para las viudas, la jefatura de familias monoparentales adquiere mayor importancia en la década, con una diferencia de 27.3 puntos porcentuales entre los años setenta y ochenta. En esta

CUADRO 2
Localización doméstica de las mujeres de 15 a 24 años, São Paulo: 1970 y 1980
 (Valores porcentuales)

Situación conyugal	Solteras		Separadas/divorciadas		Viudas	
	1970	1980	1970	1980	1970	1980
Localización						
Vive sola	0.2	0.4	1.5	4.0	4.6	1.4
En grupos sin lazos de parentesco	0.2	0.4	0	1.3	0	0.8
Jefes de familia monoparentales	0.5	1.8	55.9	53.6	40.4	67.7
En grupos emparentados	3.2	4.0	2.6	4.3	8.6	1.0
En familias dirigidas por otros	95.9	93.4	40.0	36.8	46.4	29.1
Total	100 (1 159 075)	100 (1 837 308)	100 (11 825)	100 (25 042)	100 (2 063)	100 (3 651)

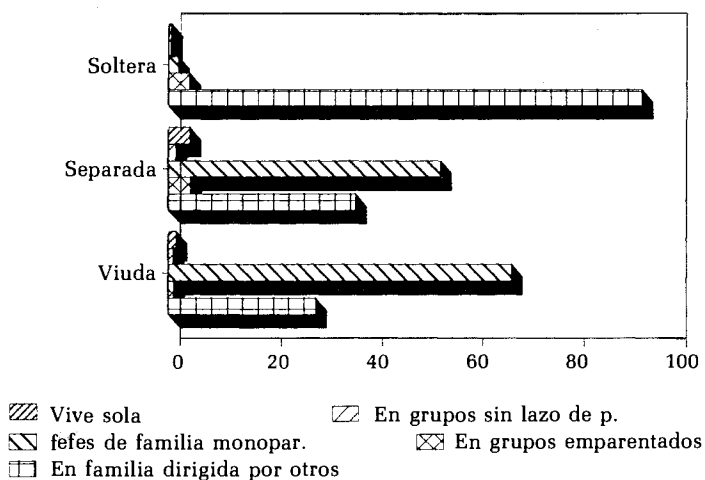
Fuente: Tabulaciones especiales de los Censos Demográficos de 1970 y 1980, de responsabilidad de la autora.

GRÁFICA 1
Localización doméstica de mujeres de 15 a 24 años,
São Paulo, Brasil, 1970



Fuente: IBGE, Censo de 1970.

GRÁFICA 2
Localización doméstica de mujeres de 15 a 24 años,
São Paulo, Brasil, 1980



Fuente: IBGE, Censo de 1980.

década, la vida en grupos emparentados y el vivir sola pierden importancia, pero, lo que tal vez sea más relevante, es que también pierde considerable importancia el formar parte de familias dirigidas por otros. Es posible que parte de esas diferencias se deban a una eventual proporción mayor de viudas con hijos en los años ochenta, ya que casi desaparecen las categorías: vivir sola y vivir en grupos emparentados. Es por ello que la pérdida de importancia de la condición de miembro de familias dirigidas por otros sugiere el crecimiento del uso de alternativas más autónomas, en detrimento de las soluciones que reforzaban los vínculos anteriores al casamiento y a la viudez.

La comparación entre jóvenes solteras, de un lado, y separadas y viudas, por otro, sugiere que la experiencia de vida conyugal anterior amplía las condiciones de autonomía para las mujeres en el grupo de edad muy joven. Muy probablemente, es la existencia de hijos resultantes de la unión interrumpida que propicia que estas mujeres organicen arreglos independientes de su familia de origen (el peso en la jefatura de familias monoparentales y lo poco frecuente de los diversos arreglos más autónomos indican hacia esa dirección). Por eso, en ese grupo de edad llama la atención la importancia que adquiere la alternativa de vivir en familias dirigidas por otros, a pesar de que la capacidad de atracción de esa posibilidad ha decaído en el decenio. Aun así, cerca de 30% de las viudas muy jóvenes, y 37% de las separadas, en ese mismo grupo vivían en 1980 como miembros de otras familias. En consecuencia, sería más cauteloso tal vez suavizar la observación hecha anteriormente, ya que, al menos de entre las muy jóvenes, una experiencia anterior de vida independiente de la familia de origen no parece ser condición suficiente para la continuidad de esa independencia, una vez que se ha roto la unión en que se encontraba.

Entre las jóvenes adultas (25 a 39 años) es también nítida la existencia de dos patrones distintos (véanse cuadro 3 y gráficas 3 y 4). Nuevamente las solteras se distancian de las demás, por la importancia que tiene la vida como miembros de familias dirigidas por otros. No obstante, la importancia de esa alternativa es menor de lo que lo es para las muy jóvenes, y decrece en la década. A lo largo de los años setenta, parte de las solteras de ese grupo de edad buscó, de hecho, alternativas de vida que la independizaron de la familia de origen. De este modo, para las solteras, el tiempo —la edad y el transcurrir de la década— ha aumentado la importancia de otros arreglos, entre los que destaca la vida en grupos emparentados y la jefatura de familias monoparentales. La importancia adquirida por este tipo de arreglos sugiere que, para las jóvenes adultas solteras, salir de la casa paterna y mantenerse aleja-

da de ella es la alternativa a vivir con personas con algún vínculo de parentesco.

A lo largo de los años setenta, ya las jóvenes adultas separadas o divorciadas se concentraban en la jefatura de familias monoparentales en niveles superiores y de manera creciente a los observados para las más jóvenes. Tal vez, parte de estas diferencias se deban a la mayor oportunidad de las mujeres separadas de tener hijos con quien organizar un grupo de convivencia doméstica. Además, es nítida la pérdida de la práctica de la alternativa de vivir en familias dirigidas por otros. El descenso se acentúa en la década, llegando a abarcar en 1980 apenas 1/6 de las jóvenes adultas separadas; la pérdida observada es compensada casi enteramente por el crecimiento de la jefatura de familias monoparentales. La alternativa de vivir sola se acentúa en ese grupo de edad entre las separadas o divorciadas, y durante la década se mantiene estable aparentemente. Vale la pena subrayar que es a partir del grupo de 25 a 39 años de edad que vivir sola pasa a adquirir algún significado, elevándose su participación en los grupos de edad subsecuentes.

El perfil de las jóvenes adultas viudas se asemeja al de las separadas, y se hacen evidentes, aunque en colores más fuertes, las características ya detectadas en el grupo anterior. La gran mayoría de estas mujeres se encuentra en la jefatura de familias monoparentales. La alternativa de vivir como parte de familias dirigidas por otros, con poco peso ya en 1970, pierde relevancia a lo largo del tiempo, y en 1980 alcanza menos de 10% de las jóvenes adultas viudas. Se puede decir que vivir sola es una alternativa aún menos importante entre las viudas de este grupo de edad.

La comparación de los tres perfiles en la edad adulta sugiere que la experiencia de vida independiente anterior y, ciertamente, la existencia de hijos, son condiciones que definen las posibilidades de organización de la vida doméstica. Pero además de esa observación general, existe una diferencia curiosa entre las separadas o divorciadas y las viudas que parece indicar la acción de otros factores. Las separadas exhiben más que las viudas proporciones más elevadas, aunque decrecientes, en la alternativa de vida como miembros de familias dirigidas por otros. ¿Conduce la separación a una mayor vulnerabilidad para la mujer que la viudez, produciendo que una porción mayor de separadas busque asociarse a otras familias?

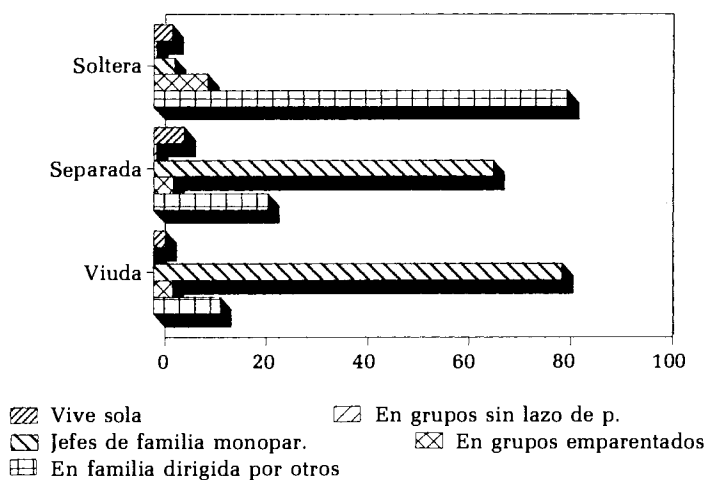
¿Qué es lo que pasa con las mujeres de edad madura? En el grupo de edad entre los 40 y los 59 años, haber vivido una experiencia anterior de unión parece distinguir nítidamente a las mujeres en lo que se refiere a las alternativas de localización domésti-

CUADRO 3
Localización doméstica de las mujeres de 25 a 39 años, São Paulo: 1970 y 1980
(Valores porcentuales)

Situación conyugal	Solteras		Separadas/divorciadas		Viudas	
	1970	1980	1970	1980	1970	1980
Localización						
Vive sola	3.5	6.3	6.0	5.8	2.4	3.6
En grupos sin lazos de parentesco	0.8	1.8	0.6	0.8	0.3	0.3
Jefes de familia monoparentales	4.0	9.3	86.9	71.7	80.5	82.4
En grupos emparentados	10.5	12.8	3.9	4.8	3.7	4.8
En familias dirigidas por otros	81.6	70.8	22.6	16.9	13.1	8.9
Total	100 (249 168)	100 (425 281)	100 (50 380)	100 (99 586)	100 (30 863)	100 (42 343)

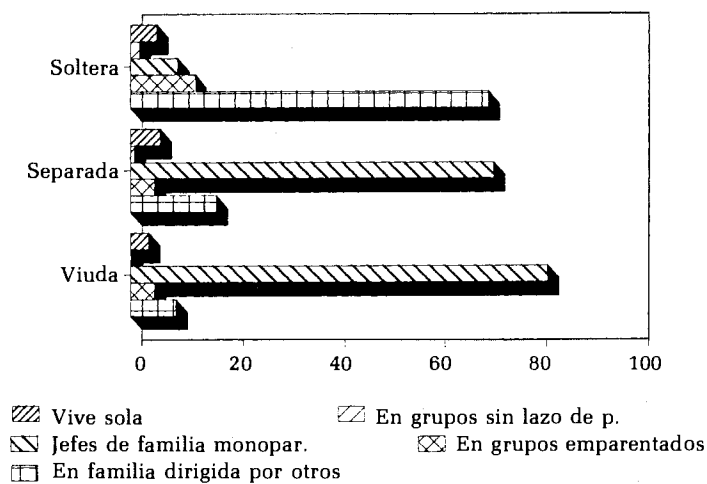
Fuente: Tabulaciones especiales de los Censos Demográficos de 1970 y 1980, de responsabilidad de la autora.

GRÁFICA 3
Localización doméstica de mujeres de 25 a 39 años,
São Paulo, Brasil, 1970



Fuente: IBGE, Censo de 1970.

GRÁFICA 4
Localización doméstica de mujeres de 25 a 39 años,
São Paulo, Brasil, 1980



Fuente: IBGE, Censo de 1980.

ca (véanse cuadro 4 y gráficas 5 y 6). Por tanto, lo que parece más importante destacar es que la edad madura trae para las solteras una diversidad mayor de alternativas domésticas de vida, característica que se mantendrá en los grupos de edad más avanzada.

Una proporción relativamente alta de estas mujeres vive como miembros de familias dirigidas por otras personas. La proporción se mantiene alta en la década aunque en forma decreciente, en beneficio de otros arreglos, que adquieren un mayor significado a lo largo de este periodo. La vida en grupos emparentados agrupa una porción creciente, y se presenta claramente como alternativa la condición de miembro de familias dirigidas por otras personas. Vivir sola también gana importancia, de manera que al final de la década dicha alternativa abarca cerca de 14% de las solteras en edad madura.

En esa etapa de la vida de las mujeres solteras se encuentran las proporciones más elevadas de la jefatura de familias monoparentales. No obstante, la importancia de esta alternativa entre las solteras jamás alcanza a la que se presenta entre las separadas y las viudas.

Como ocurre en los grupos de edad más jóvenes, separadas y viudas presentan un perfil diferente al de las solteras. En realidad, las mujeres con experiencia de una unión anterior exhiben un perfil de localización doméstica en la edad madura que es una variación en torno al mismo patrón común de las muy jóvenes y al de las jóvenes adultas: una concentración mayor en la jefatura de familias monoparentales, e importancia relativamente elevada de la vida como miembros de familias dirigidas por otros. Pero las variaciones no son poco importantes.

En primer lugar, el peso de la jefatura de familias monoparentales disminuye ligeramente entre las separadas y se acentúa entre las viudas. Cabe enfatizar que esas diferencias no eliminan el incremento evidente de los años setenta, en todos los grupos de edad, en lo relacionado con la jefatura de familias monoparentales.

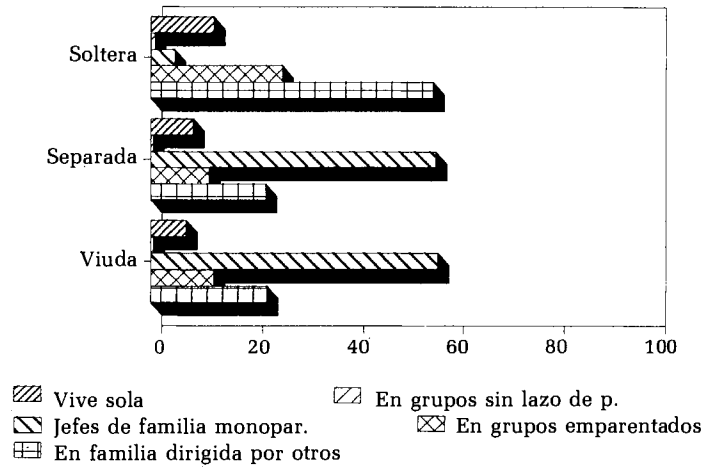
En segundo lugar, para las separadas, esa disminución en la jefatura de familias monoparentales comparativamente con las de las jóvenes adultas se compensa, y no por un aumento en la importancia como miembro de familias dirigidas por otros, como ocurre con las viudas. Esta alternativa tiene en la edad madura el mismo peso que tenía en el grupo anterior, esto es, alcanzaba un poco más de 1/5 de las mujeres en 1970, disminuyendo en 1980 a casi un 1/6 de ellas. Para las separadas, se abre claramente la posibilidad de vivir en grupos emparentados, lo que ya había ocurrido con las jóvenes adultas solteras en niveles semejantes. Además, se acentúa la importancia del vivir sola, alternativa que ya destacaba entre las jóvenes adultas separadas.

CUADRO 4
Localización doméstica de las mujeres de 40 a 59 años, São Paulo: 1970 y 1980
 (Valores porcentuales)

Situación conyugal	Solteras		Separadas/divorciadas		Viudas	
	1970	1980	1970	1980	1970	1980
Localización						
Vive sola	12.5	13.8	8.5	9.9	7.0	9.0
En grupos sin lazos de parentesco	0.8	1.7	0.6	0.8	0.8	0.5
Jefes de familia monoparentales	4.7	9.9	56.6	65.1	56.9	64.2
En grupos emparentados	26.0	28.9	11.6	10.1	12.4	11.8
En familias dirigidas por otros	56.0	45.7	22.7	14.1	23.1	14.4
Total	100 (177 208)	100 (266 848)	100 (69 619)	100 (118 777)	100 (173 561)	100 (231 032)

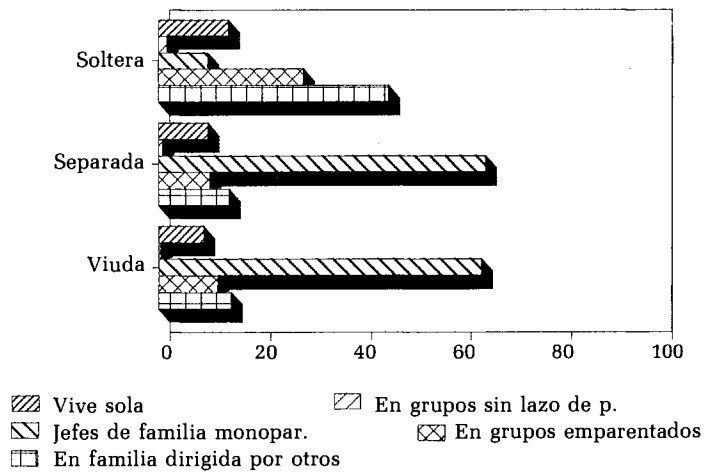
Fuente: Tabulaciones especiales de los Censos Demográficos de 1970 y 1980, de responsabilidad de la autora.

GRÁFICA 5
Localización doméstica de mujeres de 40 a 59 años,
São Paulo, Brasil, 1970



Fuente: IBGE, Censo de 1970.

GRÁFICA 6
Localización doméstica de mujeres de 40 a 59 años,
São Paulo, Brasil, 1980



Fuente: IBGE, Censo de 1980.

En tercer lugar, a pesar de que las separadas y viudas mostraron exactamente un mismo perfil en la edad madura, los caminos recorridos muestran diferencias, como se señala en las observaciones hechas acerca de los grupos de edades más jóvenes y jóvenes adultas.

Para las viudas, los niveles de la alternativa de formar parte de familias dirigidas por otros en la edad madura representan un salto en la dirección de la recuperación de la importancia de dicho arreglo doméstico conforme avanza la edad, especialmente si agregamos la información para las viudas con 60 años y más (véanse cuadro 5 y gráficas 7 y 8). Es por ello que en los años setenta se tiene una pérdida de la importancia de esa posibilidad también para las viudas, como ocurrió para las separadas y las solteras. De entre las viudas, el tiempo —la edad y la década— acentúa algo que se señaló para las separadas, o sea, la creciente práctica de las alternativas de vivir sola y de vivir en grupos emparentados.

El grupo de edad madura sugiere tendencias que vale la pena destacar. Del lado de las solteras, la proporción de mujeres en la jefatura de familias monoparentales podría estar afectada por sus mayores oportunidades de tener hijos, a pesar de ser solteras, como ya fue observado para las jóvenes adultas. Y por el lado de las que ciertamente tuvieron una unión anterior (separadas o divorciadas y viudas), la reducción en la proporción de la jefatura de familias monoparentales, comparativamente con las más jóvenes y con las jóvenes adultas, sugiere que los cambios observados para este grupo de edad se relacionarían más con la ampliación de las posibilidades de autonomía como consecuencia del aumento en la edad. El crecimiento en la proporción de personas que viven solas en este grupo sería otro indicador en esa dirección, lo mismo se puede decir en relación con la considerable ampliación en la proporción de mujeres viviendo en grupos emparentados (independientes de la situación conyugal, pero más acentuadamente entre las solteras).

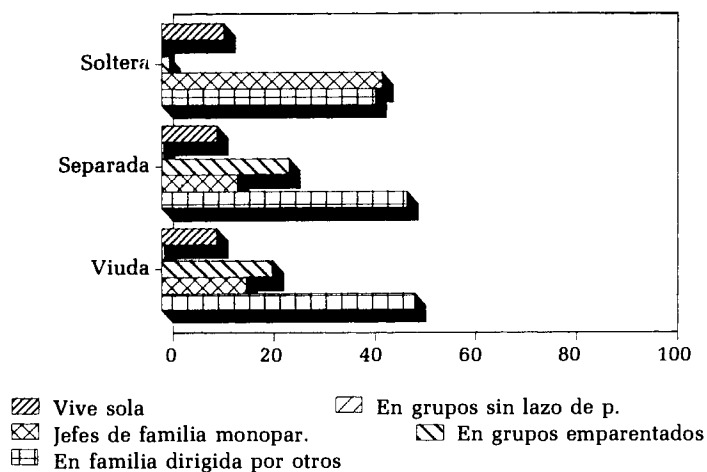
Es más, el comportamiento que se observa en la alternativa de vida en familias dirigidas por otros parece sustentar la idea de que la edad madura trae mayores posibilidades de vida independiente. Las proporciones de separadas o divorciadas y de viudas en 1970 en esa situación son relativamente altas y similares a las encontradas para las más jóvenes, lo que sería contradictorio con la hipótesis de ampliación de la autonomía. Sin embargo, estas proporciones descienden vigorosamente en los años setenta, sugiriendo que la década trajo, de hecho, especialmente para las mujeres maduras, mayores condiciones de organizar su vida de modo independiente.

CUADRO 5
Localización doméstica de las mujeres de 60 años y más, São Paulo: 1970 y 1980
 (Valores porcentuales)

Situación conyugal	Solteras		Separadas/divorciadas		Viudas	
	1970	1980	1970	1980	1970	1980
Localización						
Vive sola	12.3	17.9	10.9	24.0	10.8	18.1
En grupos sin lazos de parentesco	0.3	2.2	0.4	1.2	0.6	0.9
Jefes de familia monoparentales	1.4	3.1	25.2	26.4	21.8	23.7
En grupos emparentados	43.7	41.7	14.9	18.3	16.7	18.0
En familias dirigidas por otras	42.3	35.1	48.6	30.1	50.1	39.6
Total	100 (29 738)	100 (50 609)	100 (23 155)	100 (28 334)	100 (260 263)	100 (361 934)

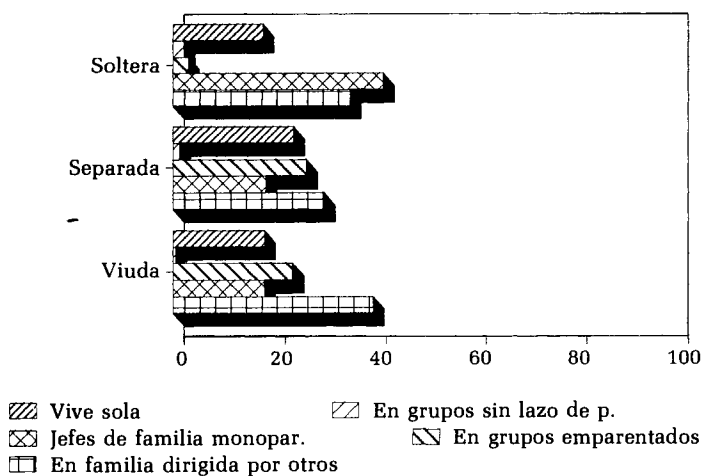
Fuente: Tabulaciones especiales de los Censos Demográficos de 1970 y 1980, de responsabilidad de la autora.

GRÁFICA 7
Localización doméstica de mujeres de 60 años y más,
São Paulo, Brasil, 1970



Fuente: IBGE, Censo de 1970.

GRÁFICA 8
Localización doméstica de mujeres de 60 años y más,
São Paulo, Brasil, 1980



Fuente: IBGE, Censo de 1980.

En la etapa más avanzada de la vida (60 años y más), las diferencias y las semejanzas entre las mujeres en las tres situaciones conyugales se mantienen, pero se alteran relativamente los perfiles respecto al grupo de edad madura (véanse cuadro 5 y gráficas 7 y 8).

Aquellas que son solteras enfrentan de modo creciente la posibilidad de organizar su universo doméstico independiente de sus familias de origen, y se aumenta en forma considerable la proporción de aquellas que viven en grupos emparentados. En ese momento de la vida, probablemente ya no viven ni su padre ni su madre, reduciéndose así las posibilidades de vivir en familias dirigidas por otros. Por otra parte, la vida como miembro de otras familias aumenta su proporción, para aquellas que experimentaron una unión anterior, en compensación a la pérdida de la condición de jefatura de un grupo familiar independiente. Probablemente, estas mujeres al envejecer se asocian a las familias de los hijos, alternativa ciertamente inexistente para la mayoría de las solteras.

La edad más avanzada, contrariamente a la edad madura, sería así marcada por la reducción de las condiciones de autonomía, especialmente para las mujeres que experimentaron una unión anterior. En el caso de las solteras, la ampliación de la autonomía constituiría una posibilidad del estrechamiento de opciones, por la inexistencia de padres o hijos con quien asociarse en la organización de su universo doméstico.

En suma, conforme avanza la edad surge para una proporción creciente de mujeres la perspectiva de vivir solas, independientemente de cuál sea su situación conyugal. En los años setenta parece que se acentúa esta tendencia al aumento. Solteras y viudas terminan la década con cerca de 18% en esa categoría (contra 12 y 11.8% respectivamente en 1970), mientras que las separadas llegan hasta 24% (contra 11% en 1970). Ya sea por opción o por la fatalidad, parece que para las mujeres con 60 y más años se amplían las condiciones de vida autónoma en los años setenta.

En conclusión, ¿qué se puede decir de los diferentes arreglos domésticos en las mujeres sin compañero en São Paulo durante los años setenta? En esta década, sin duda, se presenta un aumento de importancia de los arreglos domésticos más autónomos, dentro de los cuales se destaca la familia de tipo monoparental. Así, desde el ángulo de las alternativas que se presentan a las mujeres en diferentes situaciones de vida, la jefatura de una familia con estas características tiene un peso variable.

La creciente participación de jóvenes solteras en el conjunto de mujeres jefes de familia entre 1970 y 1980 (Berquó, Oliveira y Cavenaghi, 1990a y 1990b) no altera, por ejemplo, el panorama ge-

neral encontrado en este segmento en los dos momentos. La gran mayoría de las solteras muy jóvenes se localiza en familias dirigidas por otras personas; dentro de esta categoría probablemente se encuentra un gran número que vive con sus familias de origen. Si se considera a las mujeres solteras, los datos analizados revelan que, por el contrario, son las jóvenes adultas y las de edad maduras las que muestran mayor participación como jefes de familia monoparentales. Como ya se ha subrayado, las proporciones de solteras jefes de familia monoparentales son insignificantes si se comparan con el peso que esta condición de vida tiene entre separadas y viudas.

De la misma manera, el predominio de viudas entre las mujeres jefe de familias monoparentales con 60 años y más de edad (Berquó, Oliveira y Cavenaghi, 1990a y 1990b) no corresponde al peso que esta alternativa tiene entre las viudas. En el conjunto de las viudas, la jefatura de familias monoparentales disminuye con la edad, a excepción del grupo de las más jóvenes. Esto es verdad tanto en 1970 como en 1980, a pesar del aumento que ocurrió en la década en todos los grupos de edad. De hecho, las fuerzas responsables del aumento de la proporción de mujeres en la jefatura de familias monoparentales en el periodo afectaron también a las viudas. De entre ellas, las jóvenes adultas se mostraron más susceptibles a la acción de esos factores que las demás, elevando su participación como jefes de familias monoparentales de modo que se aproximaron a los demás grupos de edad.

De esta manera, conforme avanza la edad parece ser que disminuye en las mujeres viudas y separadas la condición de vida independiente, como jefes de sus familias. En su lugar, pasan a adquirir importancia creciente la vida como miembros de familias de otros —posiblemente la familia de sus hijos— o vivir sola y la participación en grupos emparentados. La novedad de los años setenta está, exactamente, en la importancia creciente de vivir sola en detrimento de la vida en familia con otros. Vivir sola es una opción o contingencia con la que se enfrentan las mujeres especialmente a partir de la edad madura, acentuándose para las edades más avanzadas.

En el análisis realizado no se consideraron los grupos de personas sin lazos de parentesco. Las proporciones que éstas representan son invariablemente reducidas a lo largo del tiempo en los diferentes grupos de edad, y para mujeres en diferentes situaciones conyugales.

En suma, es importante observar que, aunque sean muy pequeñas, estas proporciones son consistentemente crecientes, con excepción de las viudas en cualquier edad. Esto sugiere que en los

años setenta se abrieron algunas posibilidades de arreglos constituidos por personas unidas por lazos de amistad o compañerismo, especialmente en las edades madura y avanzada. De esta manera, no sólo son las jóvenes las que parece que hacen innovaciones, sino las mujeres que enfrentan las novedades que trae la vida, inclusive las relaciones de tipo homosexual, que pueden ser incluidas en este renglón.

¿A qué se deben estas tendencias? Ciertamente, como ya se ha subrayado, a una variedad de factores. Lo que es imposible es no percibir efectos de cambios en la condición femenina en el Brasil urbano de los años setenta.⁷

Para los especialistas, estos años constituyeron un marco en Brasil, en lo referente a la ampliación femenina en el mercado de trabajo (Bruschini, 1985 y 1990; Paiva, 1981; Jatoba, 1990; Sedlacek y Santos, 1991). Eso es verdad especialmente en áreas urbanas, donde se asocian crecientes niveles de escolarización y multiplicación de puestos de trabajo ofrecidos a las mujeres.⁸

Llama la atención el hecho de que cada vez más mujeres casadas ingresan o vuelven al mercado de trabajo, proliferando las situaciones en que el hombre deja de ser el único proveedor. Es verdad que el incremento en la participación de las esposas significa una intensificación del esfuerzo del trabajo en el ámbito de las familias, en el que se juntan mujeres e hijos en la tarea de garantizar el presupuesto familiar. También es verdad, por ende, que se amplían con esto las posibilidades de que las mujeres provean su sustento de manera independiente.

Pero la ampliación de la participación femenina en el mercado de trabajo significa, también, la apertura de canales de sociabilidad no doméstica para un número creciente de mujeres. A las

⁷ Vale la pena destacar una observación sobre la posible interferencia de la migración hacia São Paulo en la comparación de los resultados encontrados en 1970 y 1980. La década de los setenta fue, aparentemente, marcada por una intensificación de los flujos migratorios para el estado de São Paulo, por razones probablemente más relacionadas con la expulsión de los estados de origen (Rodrigues y Perillo, 1986). Tanto los migrantes masculinos como los femeninos se concentran en la década en las edades de los 15 a los 35 años. Por lo tanto, es posible que la localización doméstica de mujeres sin compañero en los grupos muy joven y joven adulta esté afectada por las menores posibilidades de los migrantes para que se alien a parientes a fin de constituir un hogar en donde vivir. En suma, como es evidente en el análisis efectuado, ese impacto, si hubo, no se dio de modo independiente de la situación conyugal de las mujeres.

⁸ El incremento en la participación femenina prosigue en los años ochenta, como revelan los datos de la Pesquisa Nacional por Amostra de Domicílios (PNAD) (Investigación Nacional por Muestra de Domicílios) (véase especialmente Arias y Cordeiro, 1990; Jatoba, 1990).

mujeres casadas se les abren esferas en las cuales ellas dejan de ser una prolongación de sus maridos. El trabajo individualizado es, potencialmente, un núcleo de organización de la identidad femenina independiente de una figura masculina, sea el padre o el marido. La posibilidad de trabajo independiente abre hoy perspectivas diferentes para mujeres que, por opción o por contingencia, permanecieron solteras o tuvieron una unión interrumpida por separación, divorcio o viudez.

Pero es necesario llamar la atención sobre el hecho de que la ampliación de los arreglos más autónomos o independientes no implican la ausencia de vínculos más amplios. En otros términos, los arreglos domésticos independientes no excluyen la existencia del apoyo material y (o) emocional por parte de otras personas. Como fue señalado en otra oportunidad, los arreglos monoparentales, por ejemplo, contienen parientes y agregados más frecuentemente que otros tipos de arreglos domésticos, aunque las familias ampliadas sigan constituyendo una minoría. Aún más, los arreglos monoparentales que más crecieron en los años setenta en Brasil fueron aquellos que componían domicilios más complejos, integrados por más de una familia (Berquó, Oliveira y Cavenaghi, 1990a). En consecuencia, se hace necesario avanzar en la investigación de las redes de relaciones que exceden el universo doméstico más inmediato.

Bibliografía

- Arias, A.R. y S. H. T. de C. Cordeiro (1990), "Uma discussão sobre a produção e uso dos dados sobre o mercado de trabalho", en *Revista Brasileira de Estudos de População*, 7(2): 219-235, São Paulo.
- Barros, R.P. de y L. Fox (1990), "Female Headed Households, Poverty and the Welfare of Children in Urban Brazil" (borrador preliminar) (mimeo.).
- Barroso (1978), "Sózinhas ou Mal Acompanhadas: a situação das mulheres chefes de família", en *Associação Brasileira de Estudos Populacionais, Anais do Primeiro Encontro Nacional de Estudos de População*, pp. 457-471.
- Bergmann, B.R. (1986), *The Economic Emergence of Women*, New York, Basic Books.
- Berquó, E. (1986), "Pirâmide da Solidão?", trabajo presentado en el V Encuentro Nacional de Estudios Poblacionales, 12-16 de octubre, Aguas de São Pedro (mimeo.).
- M. C. Oliveira y S. M. Cavenaghi (1990a), "Arranjos Familiares 'Não-Canônicos' no Brasil", en *Associação Brasileira de Estudos Populacionais, Anais del VII Encuentro Nacional de Estudios Poblacionales*, vol. 1, Caxambú, pp. 99-135.

- _____ (1990b), "Nupcialidade e Família no Estado de São Paulo e Perspectivas para os anos 90", Informe Parcial de Investigación presentado a la Fundación SEADE, Campinas, NEPO/UNICAMP (mimeo.).
- Bruschini, C. (1985), *Mulher e Trabalho: Uma avaliação da década da mulher*, São Paulo, Nobel/Conselho Estadual da Condição Feminina, 147 pp.
- _____ (1990), "Crescimento e Crise: Trabalho das Brasileiras, Paulistas e Nordestinas, de 1970 a 1985", en *Ciência e Cultura*, 42 (3/4), marzo-abril, pp. 226-247.
- Buvinic, M., N. Youssef y B. Von Elm (1978), *Women Headed Households: The Ignored Factor in Development Planning*, Washington, D.C., International Center for Research on Women.
- Castro, M.G. (1980), "Family, Gender and Work: the case of female heads of household in Brazil (States of São Paulo and Bahia) 1950-1980", tesis de doctorado, University of Florida, Gainesville, 261 pp.
- _____ (1990), "Mulheres Chefes de Família, Esposas e Filhas Pobres nos Mercados de Trabalho Metropolitanos (Regioes Metropolitanas de São Paulo e Salvador, 1980)", en *Associação Brasileira de Estudos Populacionais, Anales del VII Encuentro Nacional de Estudios Poblacionales*, vol. 2, Caxambú, pp. 307-333.
- _____ (1991), "Género, Geração e Raça: famílias matrifocais pobres no Brasil", en *International Union the Scientific Study of Population*, vol. 3, Veracruz, El Poblamiento de las Américas, pp. 369-408.
- Fonseca, C. (1987), "Aliados e Rivais na Família: o conflito entre consanguíneos e afins em uma vila portoalengrense", en *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, 2(4): 88-104, São Paulo.
- IBGE (1982), *Perfil Estatístico de Crianças e Maes no Brasil. Características sócio-demográficas, 1970-1977*, Rio de Janeiro.
- Jatoba, J. (1990), *Ciclo Económico e Forço de Trabalho no Brasil Urbano: 1978/1987*, Brasília, IPEA, *Cadernos de Economía*, núm. 1, 190 pp.
- Lopes, J.R.B. y A. Gottschalk (1990), "Recessao, Pobreza e Família", en *São Paulo em Perspectiva*, 4(1), São Paulo.
- McLanahan, S. (1985), "Family Structure and the Reproduction of Poverty", en *American Journal of Sociology*, 90(4), pp. 873-901.
- Merrick, T. y M. Schmink (1978), "Female-headed households and urban poverty in Brazil", en *Workshop on Women in Poverty: What do we know?*, Belmont Conference Center, abril 30-mayo 2.
- Montali, L. (1991), "Família e Trabalho na Conjuntura Recessiva", en *São Paulo em Perspectiva*, 5(1), São Paulo, pp. 72-84.
- Oliveira, M. C. (1982), "A Produção da Vida. A Mulher nas Estratégias de Sobrevivência da Família Trabalhadora na Agricultura", tesis de doctorado, Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias Humanas de la USP (mimeo.).
- _____ (1985), "O Casamento e as Estratégias de Sobrevivência da Família Operária na Agricultura Paulista", en *Revista Brasileira de Estudos Populacionais*, 2(1), enero-junio, pp. 105-144.
- _____ y M.S.C.B. Bassanezi (1992), "A História da Família no Brasil: contribuições dos Estudos de População" (mimeo.).

- Paiva, P. de T. de A. (1981), "A Mulher no Mercado de Trabalho Urbano", en Associação Brasileira de Estudos Populacionais, Anales del II Encuentro Nacional de Estudios Poblacionales, vol. 2, São Paulo, pp. 852-895.
- Salem, T. (1981), "Mulheres Faveladas: Com a venda nos olhos", en Perspectivas Antropológicas da Mulher, Río de Janeiro, Zahar.
- Samara, E. de M. (1981), "Os Agregados: uma tipologia ao fim do período colonial", en Estudos Económicos, 11(3), São Paulo, pp. 159-168.
- Sedlacek, G. L. y E. C. Santos (1991), "A Mulher Cónjuge no Mercado de Trabalho como Estratégia de Geração de Renda Familiar", texto para Discussão núm. 209, Brasília, IPEA.
- Scott, R. P. (1990), "Homens e Mulheres sem Cónjuges: Tendências Recentes em Pernambuco", en Associação Brasileira de Estudos Populacionais, Anales del Vil Encuentro Nacional de Estudios Poblacionales, vol. 1, Caxambú, pp. 275-293.
- Weston, R. (1990), "After Separation: Financial well-being of children and parents", en Family Matters, 26, Melbourne, abril, pp. 25-27.

